

Nadando contra corriente

Bernardo García González, Patricia Escamilla y Raúl H. Mora Lomelí

Rompiendo las olas

- Título original *Breaking the Waves*
 - Año 1996
 - Duración 159 min
 - País Dinamarca / Suecia / Francia / Países Bajos / Noruega / Islandia
 - Director Lars von Trier
 - Guión Lars von Trier y Peter Asmussen
 - Música Joachim Holbek
 - Fotografía Robby Müller
 - Reparto Emily Watson, Stellan Skarsgard, Katrin Cartlidge, Jean–Marc Barr, Udo Kier, Adrian Rawlins, Mikkel Gaup, Jonathan Hackett, Sandra Voe, Roef Ragas, Phil McCall, Robert Robertson, Desmond Reilly, Sarah Gudgeon, Finlay Welsh, David Gallacher
 - Productora Argus Film Produktie / Canal+ / CoBo Fonds / Det Danske Filminstitut / Eurimages
 - Subtitulada y traducida Videomáximo, con la colaboración de Lorena Dávalos Servin
-

El hombre y la mujer son creados, es decir, son queridos por Dios: por una parte, en una perfecta igualdad en tanto que personas humanas, y por otra, en su ser respectivo de hombre y de mujer [...] El hombre y la mujer son, con la misma dignidad, imagen de Dios. En su “ser–hombre” y “ser–mujer” reflejan la sabiduría y la bondad del Creador.¹

¹ Véase la primera parte, segunda sección, artículo uno, párrafo seis del *Catecismo de la Iglesia Católica*.

La postura de la Iglesia católica ante la igualdad de sexos es muy clara. En la actualidad, uno de los tópicos más polémicos es el referente a la relación entre los sexos, y esto porque en muchos puntos del planeta se observan actitudes discriminatorias para con las mujeres.

El tema ha sido tratado en repetidas ocasiones por diferentes cineastas. En el continente africano es en especial meritoria la cinta de Moufida Tlatli, *Los silencios del palacio* (Túnez, 1994). En Asia, a cargo del director turco Tevfik Baser, hay una rica película que además aborda el conflicto migratorio Turquía–Alemania: *40 m de Alemania* (1986). En Oceanía es memorable el filme de la cineasta neozelandesa Jane Campion: *El piano* (1993). Pedro Almodóvar como representante del continente europeo regala la cinta *Hable con ella* (España, 2000), utilizando como metáfora a dos mujeres en estado de coma. En Estados Unidos destaca la película del joven director Neil Labute: *En compañía de los hombres* (1999). Pero si algún país se ha caracterizado por abordar el tema de género frecuentemente en su cine es Irán;² directores como Jafar Panahi,³ Majid Majidi⁴ y Abbas Kiarostami⁵ han plasmado de manera constante los abusos del machismo en su nación.

Lars von Trier, cineasta danés, decidió hacer una trilogía protagonizada por personajes femeninos atrapados en situaciones difíciles. *Contra viento y marea* o *Rompiendo las olas*⁶ (*Breaking the Waves*, Dinamarca, 1996) es el largometraje que inicia la trilogía, seguido por *Los idiotas*⁷ (1996) y *Bailando en la oscuridad*⁸ (2000).

- 2 Muchos críticos aseguran que en la actualidad el cine más propositivo se da en Irán y en Dinamarca. Las películas más recientes de estos países han sido reconocidas en los festivales de mayor prestigio a escala internacional. Dinamarca es cuna del joven movimiento cinematográfico Dogma 95 y el nuevo cine de Irán es comparado constantemente con el neorealismo italiano por plasmar en pantalla la realidad tal cual es y mostrarse comprometido con la sociedad.
- 3 Ha dirigido películas como *El globo blanco* (cuyo análisis también se encuentra en este libro) y *El círculo*.
- 4 Director de *Los niños del cielo* y *El color del paraíso*.
- 5 Realizador de *El sabor de las cerezas* y, más recientemente, *10*. También escribió el guión de *El globo blanco*.
- 6 En Latinoamérica ha sido traducida de las dos maneras. Aunque en México titularon la película como *Contra viento y marea*, en el presente artículo se utiliza *Rompiendo las olas*, obedeciendo al título original puesto por el autor.
- 7 Fue la aportación de Von Trier al movimiento cinematográfico Dogma 95, que busca extraer la veracidad en los personajes y en los escenarios al rodar en locaciones naturales, con cámara en mano, sin efectos visuales o de sonido, sin iluminación artificial y sin filtros.
- 8 Cuyo análisis también se encuentra en este libro.

En *Rompiendo las olas*, además de abordarse el conflicto de género, se ahonda en la siempre delicada relación entre sexo y religión. Así pues, los puntos que interesa valorar en esta obra son tres: primero, las referencias que se hacen a Dios y los diferentes símbolos que remiten a Él o a la religión, así como el papel que juega la Iglesia en la comunidad, las diferentes concepciones del matrimonio, etcétera. Luego se exploran las actitudes discriminatorias para con las mujeres, tanto de los mismos personajes como de la Iglesia, y por último, se revisa la relación entre sexo y religión en el filme.

Siete capítulos con introducción y epílogo

Rompiendo las olas está dividida en nueve secciones: un prólogo, siete capítulos y un epílogo. Cada capítulo tiene un título que se presenta durante un breve intermedio en la acción; en los intermedios se muestra una fotografía en pantalla (combinada con elementos pictóricos),⁹ mientras se escucha parte de una canción de *glam-rock*¹⁰ de fondo.

Introducción

Aquí se presenta a Bess, la protagonista de la película, explicando ante un grupo de religiosos calvinistas, dentro de un templo, que se quiere casar con un extranjero de nombre Jan. Un hombre viejo le reconviene de manera tajante:

—Sabes que no aprobamos matrimonios con marinos —y bajo el mismo tenor—: ¿Puedes decirnos lo que es el matrimonio?

Bess, después de echar un vistazo alrededor, contesta:

—Es cuando dos personas están unidas con Dios.

9 Son imágenes digitales que introducen cada sección de la película y que fueron creadas por el pintor Per Kirkeby y el propio Von Trier.

10 Más que un género musical, el *glam-rock* es una propuesta estética en la que juega un papel muy importante la imagen andrógina. Por lo general, sus exponentes son de figura espigada, usan ropa ajustada y maquillaje. Este movimiento surgió a principios de la década de los años setenta.

—¿Hay algo de verdadero valor que hayan traído los forasteros? —le pregunta el mismo viejo aún con gesto de insatisfacción.

—Su música —Bess responde sin titubear.

El hombre viejo le pide a Bess que espere afuera del templo mientras ellos deliberan.

Bess se casa

Este primer capítulo abre precisamente con la ceremonia religiosa del matrimonio.

El ministro dice en su sermón:

—Ante Tu presencia en Tu casa te adoramos como autor de todo lo bueno y toda perfección. Cristo amaba la Iglesia y se entregó a ella. Nosotros debemos amar a Cristo y entregarnos a Él —después de una pausa continúa—: Si no les parece inapropiado, diré que tú, Bess, has demostrado ese amor y entrega durante tu vida. En más de una ocasión has dedicado tu tiempo a limpiar este lugar. Sé que no lo has hecho para que se piense bien de ti en la Tierra sino por tu amor a Dios en el Cielo.

Al salir de la celebración, un marino, amigo de Jan, comenta al ministro: “—Hermoso servicio [...] Que suenen las campanas. —Nuestra iglesia no tiene campanas —interviene un viejo. —Qué aburrido —dice en voz baja el amigo de Jan.”

Llena de música alegre y vino, la fiesta se caracteriza por las caras de extrañeza de los lugareños para con los extranjeros, quienes se divierten tomando, gritando y bailando. Dodo, viuda del hermano de Bess, toma la palabra para hacer un brindis: “—Querida Bess: te conozco desde hace seis años y puedo decir que tienes el corazón más grande que nadie [...] Tu generosidad no tiene límites [...] Le darías todo a cualquiera”. Dodo también menciona lo difícil que fue para ella, al ser extranjera, casarse con alguno de la comunidad, y le agradece a Bess por haberla recibido como lo hizo, concluyendo: “—Ahora has decidido acoger a otro forastero”.

Después del brindis Jan y Bess se conducen al baño por iniciativa de ella, donde tendrán su primera relación sexual. Al terminar, Jan le dice a Bess que la espera en

la fiesta, mientras ella limpia su vestido que quedó manchado de sangre. El convivio continúa y termina al amanecer del día siguiente.

La vida con Jan

En la fotografía que da inicio a este capítulo se muestra una playa apacible, el mar con oleaje tranquilo, una casa a la orilla y un cielo que, aunque repleto de nubes, es muy claro. Paulatinamente se irá oscureciendo el cielo hasta terminar todo gris; mientras la canción de fondo advierte: “No empujes tu amor muy lejos”.

Después de tener otro encuentro sexual con Jan, ahora divertido y cariñoso, se muestra en pantalla la cara de Bess en el templo, quien mirando hacia arriba habla con Dios:

—Te doy gracias por el mejor regalo. El amor. Te doy gracias por Jan. Soy muy afortunada por tener estos regalos.

—Recuerda que debes ser una buena chica, Bess. Sabes que así como doy, puedo quitar —se responde ella misma, asumiendo el papel de Dios, pero ahora con la cabeza hacia abajo, los ojos cerrados y levantando la voz, como si estuviera enojada.

—Bueno, no quise decirlo así. Sí. Seré buena. Seré muy buena —de nuevo Bess, con voz temerosa y volteando hacia arriba.

Luego de otros dos encuentros sexuales (uno en su casa y otro en una especie de bodega a la orilla del mar) que ahora sí son disfrutados por Bess, Jan la lleva al templo. A las afueras se encuentran con el ministro y Jan pregunta: “—¿Por qué no tienen campanas? —Nuestras iglesias no las necesitan —responde el ministro. —Me gustan las campanas. Pongámoslas de nuevo —comenta Bess en secreto”.

Dentro del templo, y como parte de la ceremonia religiosa, un señor dice a todos los asistentes:

—Ahora, amigos, las cosas son muy distintas. Me duele tener que presenciarlo, pero parece haber gente en la iglesia dispuesta a aferrarse al mundo en lugar

de liberarse de él. Aquéllos a quienes me refiero saben de qué estoy hablando. Me duele mucho y sé que hay otros que piensan igual. Amén.

Afuera del templo, al haber concluido la celebración, Bess le comenta a su abuelo: “—Está mal que sólo los hombres puedan hablar. —Cuidado con lo que dices, mujer —contesta el abuelo temiendo que alguien haya escuchado”.

Continúa la trama cuando se encuentran Bess, Jan y Dodo presenciando de lejos el entierro de un personaje llamado Anthony, que se efectúa a la orilla del mar. Bess y Dodo invitan a Jan a acercarse con el ministro: “—Los hombres sí pueden ir”. Jan se acerca mientras el ministro dice: “—Anthony Dodmantle, has sido castigado [...] eres un pecador. Mereces ir al infierno”. Jan regresa para platicar con Dodo y Bess lo que escuchó, y aunque Dodo se sorprende, Bess, sin la menor muestra de asombro, dice que todo el mundo sabe que Anthony irá al infierno. Después de otro rato de estar juntos, Jan le recuerda a Bess que pronto tendrá que regresar a la plataforma donde trabaja.

El abuelo de Bess, rodeado por ella, Jan, Dodo y su hija, dirige la oración antes de que comiencen a cenar: “—Señor, no merecemos lo que nos brindas. Gracias por los alimentos. Perdona nuestros pecados. Amén”. Se suscita en la plática el regreso de Jan a la plataforma donde trabaja, y Bess contesta que él se quedará junto con ella porque son muy felices. Ante el gesto de negación de Jan, Bess se levanta de la mesa y se va a su cuarto a llorar. Jan se justifica ante el resto de los presentes: “—Ojalá pudiera”.

La mamá, que siguió a Bess hasta su cuarto, la reprende de manera enérgica: “—No toleraré esa actitud en mi casa [...] Si no puedes controlarte, regresarás al hospital [...] ¿Por qué debes ser distinta? Las mujeres aprenden a estar solas. Los hombres parten al mar o a las plataformas. Hasta tú debes aprender a resistirlo”. Al mismo tiempo, apartados, Dodo confiesa a Jan:

—No sé nada acerca de ti. Sinceramente, lamento decirlo, pero no confío en ti. Ella es muy susceptible. Podrías [...] Haría lo que tú quisieras.

—No lo creo.

—¿Cómo podré cuidarla ahora?

- ¿Qué quieres? ¿Tenerla aquí encerrada toda la vida?
- No tiene la fuerza.
- Es más fuerte que nosotros —argumenta Jan.
- No entiendes. No está bien de la cabeza.
- Lo quiere todo.

Mientras Jan empaca sus cosas para irse a la plataforma, le da una sorpresa a Bess sacando del armario un regalo para ella: un vestido. Bess, con su presente nuevo puesto, va a despedir a Jan, quien parte junto con sus amigos en un helicóptero. Bess suelta el llanto y no se tranquiliza sino hasta que Dodo le da una pastilla.

La vida sola

El capítulo tercero, como el resto, comienza con una fotografía. Esta vez se trata de una plataforma solitaria en medio de un mar azul oscuro. De fondo se escucha una canción: “Ella no firma el contrato pero siempre juega el juego”.

Nueva conversación entre Bess y Dios en el templo. Al igual que la plática anterior, Dios, en boca de Bess, la reprende mirando hacia abajo:

- Eres culpable de egoísmo, Bess. Jamás pensaste lo doloroso que debió ser para él. Antepones tus sentimientos a los de los demás. No creo que lo ames al comportarte de esa forma. Debes prometer que serás una buena chica, Bess.
- Prometo ser una buena chica —dice Bess sumisa.

Terminando esta conversación, Bess se disculpa con su madre, y le pide permiso para vivir en su casa mientras Jan regresa; la madre acepta.

Tras una jornada pesada de trabajo en la plataforma, Jan se dirige al bote principal donde tiene acceso al teléfono, para marcarle a Bess, quien espera la llamada dormida en el suelo de una caseta pública. La enamorada confiesa a su esposo:

—Todos dicen que te amo demasiado y que si descubres cuánto te amo podría molestarte porque no estamos juntos.

—No dejes de decir que me amas. Entendido.

—Sí.

—No importa lo que te digan [...]

—Te amo muchísimo —contesta Bess llorando.

En otro de los encuentros telefónicos comienzan una conversación erótica. Mientras Bess cuenta los días que faltan para el regreso de Jan, uno de sus compañeros de la plataforma se aparece en casa de esta, quien se sorprende al verlo antes de la fecha de llegada. De inmediato pregunta por Jan, y el compañero le explica que él se tuvo que regresar porque se lesionó una mano, pero que su esposo le manda todo su amor.

Dodo, al saber que Bess cuenta los días, y pensando que esa actitud es dañina para su cuñada, le quita el calendario y lo rompe. Bess va a la orilla del mar y arriba de unas piedras, justo donde rompen las olas, grita y llora.

De nuevo en el templo, Dios, en boca de Bess, se dirige en tono regañón:

—Bess McNeill, durante muchos años has pedido amor. ¿Te lo quito? ¿Eso es lo que quieres?

—No. Te doy gracias por el amor —confiesa con la inocencia de siempre.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Quiero que Jan regrese a casa.

—Llegará en diez días. Debes aprender a resistir. Lo sabes.

—No puedo esperar.

—Tu no eres así, Bess. Hay personas que necesitan a Jan y su trabajo. ¿Qué me dices de ellas?

—No importan. Nada importa. Sólo quiero que regrese Jan. Te lo ruego. Por favor. ¿Podrías enviarlo a casa?

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

—Sí.

Jan entonces se accidenta en la plataforma; es golpeado por un tubo en la cabeza. El ministro informa del accidente a Bess, quien, después de desvanecerse, va junto con Dodo a recibirlo. Cuando llega el helicóptero, Dodo, que es enfermera, es la primera en entrar. Luego permite que Bess pase a verlo. Ella lo toma de la mano y él, desesperado, le grita que no lo toque.

Acto seguido llevan a Jan al hospital, donde es operado. Bess no para de llorar; quiere verlo todo el tiempo. En su angustia le pide a Dodo que rece con ella: “—Querido Dios: te pedimos que tiendas Tu mano sobre Jan y no lo dejes morir. Amén”. Al salir de la operación los doctores platican con Bess:

—Sí, Bess. Vivirá —dice el doctor Richardson.

—Su esposo sufrió heridas muy graves. No siempre debe preservarse la vida
—completa el otro colega.

—¿Qué quiere decir? —pregunta Bess.

—El doctor quiere decir que en ocasiones, cuando la vida no vale la pena, sería mejor morir —explica Richardson.

—No conoce a Jan. De otro modo no diría eso —responde tranquila Bess.

—Es posible que su esposo no vuelva a caminar. Quizá quede paralizado.

—Pero vivirá —sonríe Bess.

—Sí. Vivirá. Eso parece.

El capítulo cierra con otra conversación entre Bess y Dios, pero ahora en una cafetería:

—Padre, ¿estás ahí? ¿Sigues ahí?

—Por supuesto que sí, Bess. Lo sabes —se responde de nuevo ella.

—¿Qué ocurrió?

—Querías que Jan regresara.

—Cambié de opinión. ¿Por qué lo habré pedido?

—Porque eres una niña estúpida, Bess. Tenía que ponerte a prueba. Puse a prueba tu amor por Jan.

—Gracias por no permitir que muriera.

—Por nada, Bess.

La enfermedad de Jan

La foto que da inicio al cuarto capítulo muestra un atardecer; el cielo es pinceladas de morado oscuro. Abajo, la silueta de una ciudad. Aparece después un arco iris, mientras la canción de fondo dice: “Y aunque mis ojos estuvieron abiertos, hubiera sido mejor que permanecieran cerrados”.

Abre la trama otro sermón del ministro en el templo: “—Les digo que si hay alguno de estos mandamientos al cual no quieran y no obedezcan, no tienen cabida en la mesa del Señor”.

En el hospital se encuentra Jan prácticamente inmóvil; le pide a Bess que se ponga ropa más floja para evitar que se le vea el cuerpo; ella trae puesto el vestido que le regaló su esposo antes de que se fuera a la plataforma. La reacción de Bess es besarlo y acariciarlo, pero Dodo, al ver su cercanía, la reprende: “—No debes ponerte así. No es bueno para él [...] Tienes que animarlo”.

Más tarde, mientras Jan duerme, Bess le dice en secreto: “—Te amo, Jan”, y ella misma se responde: “—Yo también te amo, Bess. Eres el amor de mi vida”.

Dodo, al pensar que Bess se encuentra de nuevo enferma, la manda a una consulta con el doctor Richardson, quien le dice que mostrar los sentimientos, aunque es poco común, no es una enfermedad. El doctor además hace saber a los espectadores que Bess ya había estado internada por el impacto que le causó la muerte de su hermano. Y ella le confiesa: “—Lo que ocurrió en la plataforma fue mi culpa [...] Le pedí a Dios para que lo enviara a casa”.

Jan, aún en cama, pero ahora de regreso en su casa, recibe un beso de su esposa, quien lo felicita por su cumpleaños. Este le dice: “—Estoy acabado, Bess [...] Podrías tener un amante sin que se supiera. Pero no divorciarte de mí. Jamás te lo permitirían [...] —Lo que dijiste me parece increíble —responde ella antes de salir del cuarto llorando”.

Bess se dirige al templo, donde el ministro la aconseja: “—Debes reconciliarte con él. Los esposos deben poder comunicarse. Él está incapacitado. Debes ser tú

quien muestre fortaleza. Ve con él y dile que lamentas haberte enojado. Tienes a Dios. Tienes la fuerza que Dios te ha otorgado. Esa es una fuerza con la que él no cuenta”.

Mientras esto sucede en el templo, Jan, al quedarse solo, intenta suicidarse: con movimientos muy torpes de sus manos logra tomar un bote lleno de pastillas, pero al tratar de ingerirlas, se le caen por la comisura de los labios hasta el suelo. En ese momento entra Dodo a la habitación y, sorprendida, lanza un regaño para Bess por haberlo dejado solo: “—¿En qué está pensando?”. Jan le dice a Dodo:

—Debo admitir que estaba feliz cuando nos casamos. Floreció ¿No es así? [...] No puedo estar así. No puedo hacerle el amor. Tengo que irme de aquí. Ella debe seguir su vida. La liberaré.

—Haría cualquier cosa por ti, Jan. Lo sabes. No le interesa ella misma. Pero haría cualquier cosa por ti. Sólo por ver una sonrisa en tu rostro. ¿Entiendes?

—Sí. Tienes razón. Gracias por decírmelo.

Jan es llevado de nuevo al hospital. Dodo reprende a Bess por haberlo dejado solo y esta se defiende diciendo que ni siquiera le permitían besarlo. Dodo concluye: “—¿Por qué no intentas escucharlo, Bess? Depende de ti. No tiene a nadie más. Puedes infundirle deseos de vivir; más que un doctor”.

Los esposos se encuentran solos en la habitación del hospital. Jan inicia la plática:

—El amor es poderoso. ¿No crees? Si muero será porque el amor no pudo mantenerme con vida. Apenas recuerdo cómo es hacer el amor. Si lo olvido, entonces moriré. ¿Recuerdas cuando te llamé desde la plataforma e hicimos el amor sin estar juntos?

—¿Quieres que te hable así? Me encantaría —dice Bess.

—Bess, quiero que busques un hombre con quien hacer el amor y que después me lo cuentes. Sería como si volviéramos a estar juntos. Eso me mantendría con vida.

—No puedo.

—Esta mañana, cuando te dije que consiguieras un amante, no lo dije por ti, sino por mí. Porque no quiero morir. Tengo miedo. ¿Entiendes?

—Sí.

—Seríamos tú y yo, Bess. Hazlo por mí.

—No puedo.

Bess se desmaya en las escaleras del hospital. El doctor Richardson la atrapa en sus brazos antes de caer.

Duda

Aparece una fotografía en donde, debido a que hay mucha neblina, apenas se alcanza a percibir en el fondo las estructuras de alguna construcción en ruinas. La canción dice: “Y tú sabes que ella está medio loca, pero por eso tú quieres estar ahí [...] Y justo cuando tú le quieres decir que ya no tienes amor para darle, entonces ella te mete en su onda y deja que el río conteste que tú siempre serás su amante”.

El doctor Richardson le sugiere a Bess que salga y baile, que se divierta. Y durante la segunda operación que le practican a Jan, Bess platica con Dios en el templo:

—No permitas que muera.

—¿Por qué no habría de hacerlo? —se responde ella misma en tono retador.

—Lo amo.

—Es lo que dices, pero no lo veo.

—No hay nada que pueda hacer. Nada en lo absoluto.

—Demuéstrame que lo amas y lo dejaré vivir.

Entonces Bess va a la casa del doctor Richardson con una botella de vino en la mano. Este la recibe con cara de extrañeza, pero la excusa de ella es que quiere bailar. Después de bailar sola, y sin hacerle caso al doctor, quien la insta a platicar, Bess se dirige a una habitación donde se desnuda y permanece acostada boca arriba

en una cama; al entrar el doctor Richardson en la habitación ella le pide que la toque. Este se niega y le pide que salga de su casa.

Bess se dirige al hospital para ver a Jan y le cuenta que estuvo con el doctor Richardson, inventándole una historia erótica; pero Jan, a quien le han puesto un respirador que le imposibilita hablar y que lo obliga a comunicarse escribiendo, no le cree.

Días después, cuando Jan se encuentra descansando de su respirador, entre susurros le dice a Bess: “—¿Qué haces en este autobús? [...] Acércate a mí. Acércate. Estoy ahí. En la parte trasera [...] En el autobús. Ven”. Ella comprende lo que su marido quiso decirle y cuando toma el camión para regresar a casa ve a un hombre que se encuentra solo en la parte trasera; se sienta al lado de él, le abre la cremallera y empieza a acariciarlo. Intranquila, Bess sale corriendo del autobús y vomita. Le pide perdón a Dios por haber pecado, y ella misma se responde: “—María Magdalena pecó y es a quien más quiero”. Luego le platica a su esposo que estuvo con él en el camión.

Al ver la mejoría de Jan, el doctor Richardson se dirige con Bess y le dice que sus oraciones se han escuchado; que le han quitado el respirador a su pareja. Ya en la habitación Jan le pregunta a Bess: “—¿Crees que cambiamos al acercarnos al fin? ¿Qué nos hacemos malos cuando vamos a morir? —No vas a morir. Sé que no. Te lo prometo —responde ella“.

Fe

La fotografía es ahora un paisaje abierto, bastante iluminado. En el fondo se aprecia un lago, y adelante se ve una carretera que conduce a algún lugar distinto del lago. La canción dice: “¿Cuándo vas a bajar? ¿Cuándo vas a aterrizar? [...] Tú sabes que no me puedes tener por siempre. Yo no firmé contigo”.

Dodo se entera del “juego” sexual en el que Jan ha metido a Bess a través de una conversación con ella:

—No te hagas muchas esperanzas. El doctor dice que Jan podría recaer.

—Yo le salvé la vida. Puedo volver a hacerlo —responde Bess.

—Bess, ¿de qué estás hablando?

—Le cuento historias a Jan. Historias de amor. Es como si estuviéramos juntos. Él y yo. El amor puede salvarlo. No debe olvidar el amor. Él me lo dijo. Él me dice qué hacer.

—Me alegra que lo escuches, pero no dejes influenciarte. La enfermedad es poderosa —le advierte asustada Dodo.

—Salvé a Jan.

—No hables así. Es estúpido —comenta Dodo muy alterada.

—Siempre has dicho que no soy estúpida.

—Lo eres si dices esas cosas.

—¿Por qué soy estúpida?

—Porque estás en un mundo de fantasías y me preocupa [...] pero sí lo eres

—le grita Dodo.

También informan a Bess que Jan entrará en otra operación, y mientras ella se encuentra acompañándolo en el momento previo a la intervención, él inicia un nuevo diálogo:

—Te ves horrible. ¿Por qué te vistes así? Te vistes como viuda. Aún no me muero. Quizá es lo que deseas.

—No, no —contesta sorprendida Bess.

—No has hecho lo que te pedí [...] Que estuvieras con un hombre.

—Ya lo hice.

—¿Eso es estar con un hombre? A mí me pareció una broma.

—Te amo. No amo a otro hombre —argumenta Bess dominada por la tristeza.

—Demuéstralo.

Dodo, apartando a Bess de Jan, le da una cachetada y le pregunta sin que él escuche:

—Bess, ¿qué está pasando? ¿Te acuestas con otros para cumplir sus fantasías?

—Mejoró —se justifica Bess.

—No es cierto. Así es esto. A veces mejora y a veces empeora. No por ti. Eso está en tu mente.

—Es mi esposo y Dios dice que debo honrarlo.

—Si eso es honrarlo, debo estar equivocada.

—Tu no eres de aquí, ¿cierto?

—No, y me alegro. La gente de aquí me enferma.

—Vives aquí y vas a la iglesia.

—Sí, pero tengo mis propias ideas.

—¿Y por qué no te vas? Tu esposo está muerto.

—Sabes bien por qué no me voy. No me he ido por ti. Las mujeres deben decidir. Tener sus propias ideas.

Después de que Dodo se disculpa con Bess por haberla reprendido de manera tan enérgica, Bess se dirige al templo y, mientras aspira la alfombra, le pregunta a Dios si se irá al infierno. Ella misma, de nuevo en el papel de Dios, se responde: “—¿A quién quieres salvar? ¿A ti o a Jan?”. La plática es interrumpida por el ministro: “—Hace tiempo que no venías. No es común en ti. El Señor ve con enojo a quienes le fallan”.

Al salir del templo Bess se cambia de ropa y visita un bar donde sólo hay hombres. Uno de ellos piensa que es prostituta y se va con ella; salen del bar y tienen relaciones sexuales. Mientras el hombre la penetra, Bess llora. Al mismo tiempo que esto sucede, la operación de Jan se complica: es necesario que lo revivan con electrochoques.

Bess se encuentra en el hospital con Jan, quien, al estar de nuevo incapacitado para hablar, le escribe: “Déjame morir; tengo maldad en la mente”. Y ella le responde que lo ama sin importar lo que tenga en la mente.

Luego de que Bess es reprendida por su madre cuando esta se da cuenta de lo que está sucediendo, el doctor Richardson, pensando que Bess se metió en algo que se ha salido de su control, la amonesta por acostarse con otros hombres. Ella afirma que no hace el amor con ellos sino con Jan, y que al hacerlo le salva la vida, pues

tienen un contacto espiritual. Y la discusión continúa cuando Bess sostiene que Dios da una habilidad a todos:

—Siempre he sido estúpida. Pero soy buena para esto. Dios le da un talento a todos.

—¿Cuál es el talento de Jan? —argumenta en forma retadora el doctor Richardson.

—Es un estupendo amante [...]

—Debes ser muy talentosa porque no puedes acostarte con desconocidos.

—Puedo creer —responde con parsimonia Bess.

Bess corre al doctor Richardson de su casa cuando este comienza a alterarse demasiado. Pero él le confiesa a ella que le es importante, que la ama. Ante la noticia, Bess asiste de nuevo a la iglesia: “—Querido Padre ¿qué está sucediendo? —y después de un silencio—: Padre, ¿dónde estás?”. Esta vez no hay respuesta.

Mientras Bess está en el muelle tratando de convencer a un lancharo que la lleve a los diferentes barcos que se encuentran cercanos para prostituirse, el doctor Richardson trata de convencer a Jan que firme unos papeles para que vuelvan a internar a su mujer. Jan le pregunta al doctor: “—[...] ¿o sea que no volveré a verla? —Para ser realista, así es —confirma Richardson”. Jan firma.

El sacrificio de Bess

En la fotografía aparece un puerto. El mar está tranquilo, es de noche y hay luna llena. Bess convence al lancharo que la lleve al “barco grande”, donde las demás prostitutas no se atreven a ir. Un señor le rasga la espalda con un cuchillo mientras está acostada encima de otro hombre. Por fortuna logra escapar.

De regreso en su comunidad decide ir al templo, donde escucha la voz de un hombre durante la celebración:

—Sólo nos queda una opción como pecadores para alcanzar la perfección a los ojos de Dios. Con amor incondicional a la palabra escrita, con amor incondicional a la ley.

—No entiendo lo que está diciendo. ¿Cómo se puede amar una palabra? No se puede amar a las palabras. No se puede estar enamorado de una palabra. Se puede amar a otro ser humano. Eso es perfección —se aventura a decir Bess a pesar de que las mujeres tienen prohibido hablar dentro del templo.

—Ninguna mujer habla aquí —el ministro la reprende.

Y después de una pausa:

—Bess McNeill, el consejo ha decidido hoy [...] que no tendrás acceso a esta iglesia. Serás desconocida [...] Bess McNeill, márchate de la casa de Dios.

La madre de Bess, que estaba presente en el templo, no pronuncia ninguna palabra en defensa de su hija.

Al salir de la iglesia y dirigirse con Jan, Bess es detenida por dos hombres. Dodo, quien también se encuentra ahí, le dice que tendrá que ir de nuevo al internado. Ella desesperada le reclama a su cuñada, quien le explica que es por su bien. De cualquier manera Bess se escapa, se encamina a la casa de su madre, y en el trascurso es apedreada por unos niños. Al llegar a casa toca la puerta, y su madre, sabiendo que es ella, decide no abrirle.

Entonces se dirige otra vez al templo y se desmaya en las afueras. Permanece en posición fetal hasta que llega Dodo, quien la despierta y le avisa que Jan está muriéndose, a pesar de que no debía hacerlo. Bess exclama: “—No, que bueno que lo hiciste. Sé que me quieres. Debo irme. —¿Puedo hacer algo por ti? —pregunta Dodo —: Lo que sea. —Sí. Ve con Jan y reza para que sane y pueda caminar”.

Nuevamente Bess se traslada al puerto y consigue que el lanchero la vuelva a llevar al mismo barco grande donde la habían herido el día anterior. Estando en la lancha trata de hablar con Dios:

—Padre, ¿estás conmigo?

—Estoy contigo, Bess —se responde ella misma—: ¿Qué quieres de mí?

- ¿Dónde estabas? —pregunta Bess muy emocionada y esbozando una sonrisa.
- Hay otras personas que quieren hablar conmigo.
- Claro. No lo había pensado.
- Hay una tonta llamada Bess que quiere hablar conmigo y se me ha acumulado el trabajo.
- ¿Pero estás conmigo ahora?
- Por supuesto que sí, Bess. Lo sabes.
- Gracias.

Dodo reza en el hospital por un milagro: la vida de Jan. El doctor Richardson le dice fríamente a la concuña que no habrá milagro. De todos modos ella ora: “—Querido Dios: te pido que Jan mejore. Que se levante de la cama y camine”.

Bess una vez más es maltratada en el barco y la llevan de emergencia al hospital, donde Dodo la recibe. Desde la camilla pregunta por Jan; le dicen que se encuentra muy mal. “—Parece que me equivoqué, después de todo —acepta Bess”. Ella muere antes de que tengan tiempo de operarla.

El funeral

Un arrollo cuya corriente conduce, después de pasar por debajo de un puente, a un gran lago que se encuentra en el fondo, da inicio al epílogo. La canción complementa: “Es un poco chistoso este sentimiento que llevo dentro. Yo no soy de esos que pueden fácilmente ocultarse. Yo casi no tengo dinero, pero si lo tuviera compraría una gran casa donde ambos podamos vivir”.

Ante la corte queda estipulado en el acta que el doctor Richardson describió a Bess como una persona inmadura, que debido al trauma de la enfermedad de su esposo, se dedicó de manera obsesiva a un estilo exagerado de perversión sexual. Entre la audiencia se encuentran Dodo y Jan, quien ya puede caminar.

El mismo grupo de religiosos que en un principio cuestionaron a Bess sobre su matrimonio, ahora delibera acerca de su entierro: “—Creo que ya se ha dicho todo referente a Bess McNeill. Hemos accedido a efectuar su entierro pero no podrá haber servicio funerario. El hecho de que la hayamos conocido bien no debe influir en la

decisión sobre su entierro [...] debe ser igual al de cualquiera de su tipo —dice el hombre viejo”. El ministro, que forma parte de ese consejo, rinde cuentas a Dodo y a Jan diciéndoles: “—Diré sobre Bess lo que debe decirse”.

Jan y sus amigos de la plataforma se roban el cuerpo de Bess sin que nadie se percate. Por su parte, Dodo se acerca a escuchar las palabras que dice el ministro durante el entierro, aunque está prohibido a las mujeres; el ministro dice: “—Bess McNeill eres una pecadora y por tus pecados irás al infierno. —¡Ninguno de ustedes tiene derecho a consignarla al infierno! —reacciona Dodo de manera enérgica”.

Mientras eso acontece, Jan y sus amigos se encuentran en un barco mar adentro, donde pretenden arrojar a Bess. Antes de hacerlo, Jan la besa y le pide a Dios que la cuide mucho. Poco tiempo después de haberla arrojado, y sin haber tierra cercana, se escuchan en el cielo unas campanadas. Todos en cubierta escuchan absortos.

Sintetizada así la acción de la película corresponde analizar los tres temas que se plantearon en el principio, a saber: la simbología religiosa y las alusiones a Dios, la relación hombre—mujer y la relación sexo—religión.

El Dios aludido y la simbología religiosa

Muy vasta y significativa es la simbología religiosa en *Rompiendo las olas*. A lo largo de toda la cinta se observa continuamente la idea veterotestamentaria del Dios que castiga, que pone a prueba y que abandona. Bess es quien muestra esa idea a través de los nueve “diálogos” que mantiene con Dios.

Y escribimos diálogos entre comillas porque es ella misma quien toma el papel de Dios en sus oraciones. En cada una de esas conversaciones, Bess levanta la mirada para ponerse en contacto con Él y baja la voz, como si temiera molestarlo. Cuando toma el papel de Dios, por el contrario, ve hacia abajo y habla de forma enérgica y tajante, como si fueran regaños. Esas líneas visuales dan la primera pista de la concepción del Dios castigador y malo que está pendiente de cualquier equivocación para condenar.

Ahora bien, independientemente de la forma como Bess entabla esas conversaciones con Dios, es decir, de la postura física y la modulación de la voz que la hacen sentirse temerosa frente a Él, el contenido de los diálogos es atroz.

He aquí algunos ejemplos:

- “[...] debes ser una buena chica, Bess. Sabes que así como doy, puedo quitar”.
- “Eres culpable de egoísmo, Bess. Jamás pensaste lo doloroso que debió ser para él. Antepones tus sentimientos a los de los demás. No creo que lo ames al comportarte de esa forma. Debes prometer que serás una buena chica, Bess”.
- “[...] eres una niñita estúpida, Bess. Tenía que ponerte a prueba. Puse a prueba tu amor por Jan”.

Un Dios que amenaza con quitar, que culpa, que duda del amor, que insulta, que pone a prueba y que castiga.

De igual manera, Bess acepta sumisa los castigos:

- “Lo que ocurrió en la plataforma fue mi culpa [...] Le pedí a Dios para que lo enviara a casa —confiesa Bess al doctor Richardson”.
- Después del accidente de Jan en la plataforma, Bess dialoga con Dios:

—¿Qué ocurrió? —pregunta Bess.

—Querías que Jan regresara.

—Cambí de opinión. ¿Por qué lo habré pedido? [...] Gracias por no permitir que muriera.

Además, en una de las ocasiones en que Bess quiere orar, se queda sin respuesta. Esto obedece únicamente a la concepción que la protagonista tiene de Dios, ya que, como se ha mencionado varias veces, es ella misma quien juega el papel de Dios en sus diálogos.

Es menester preguntarse ¿de dónde toma Bess esa idea? ¿por qué tiene un miedo permanente ante la figura de Dios? Al buscar el origen de esta concepción, se encuentra la explicación en tres líneas: la iglesia de la comunidad en la que vive, los habitantes de la comunidad y su familia.

Bess vive en una comunidad en la que, aparentemente, todo gira en torno a una Iglesia que prohíbe el matrimonio con extranjeros, que siembra miedo y que juzga quién merece entrar al cielo y quién al infierno.

Pocas son las intervenciones del ministro en la película, pero muy significativas. En particular llama la atención aquella conversación que sostiene con Bess en la cual le dice que ella tiene una fuerza otorgada por Dios y con la que Jan no cuenta. Un Dios que ofrece fuerza a algunos y a otros se las niega, tal vez por ser extranjeros.

Otra referencia que se encuentra en la cinta está dada por el abuelo de Bess al hacer la oración antes de cenar: “—Señor, no merecemos lo que nos brindas. Gracias por los alimentos. Perdona nuestros pecados. Amén”. Ese sentimiento de no merecer ni siquiera los alimentos obedece a la misma idea veterotestamentaria a la que se aludía al principio de este análisis.

Entonces se puede afirmar que gracias al contexto social donde se encuentra la protagonista (la iglesia, la comunidad y la familia) adopta la idea del Dios que castiga, abandona y prohíbe.

El filme además aborda uno de los personajes más asombrosos, cuyo ser independiente de todo lo que pudiera imaginar el corazón humano, pequeño de visión e hipócrita hasta en el mínimo de sus deseos, se destaca para el poeta como la más pura esencia de la divinidad.

Ojos de niña, maravilla en el alma, que se aferra con el corazón a su esperanza, a pesar de las apariencias contrarias que el mundo le presenta, todos estos son los elementos para recrear en la imaginación la poesía más absoluta que ha existido, y decimos absoluta, porque todo tiene que ver con la vida. Con su sufrimiento alborozado que lo sufre todo. Su nombre es Bess y su vida está en estrecha relación con lo que ella es.

¿Qué es lo que maravilla en Bess?

Rodeada por doquier de las arideces de la topografía familiar, un pueblo costero en Nueva Escocia, donde por mucho tiempo la palabra ha sustituido a los actos vivos de sus habitantes. Solitaria dentro del crudo formalismo de una religión vacía, Bess

encarna el ser multiforme de la imaginación; la anchura sin tope de la irracionalidad; el alma poética pura del artista, o del demente.

En el racionalismo puro de su ambiente, ella está fuera de toda medida (*ratio*). Si se tratase de una separación relativa (no tan auténtica), se estaría frente al caso de una escisión temporal; su gran lado desfavorable se presentaría sin más al ojo crítico para establecer un punto de contacto, y una relación formal con el mundo. Pero por suerte, Bess es un ejemplar limpio; su esencia se escapa.

Por más que el entendimiento, con su inherente retraso, grite y sitúe la pureza al lado de la locura, y trate de envanecerse buscando una explicación que satisfaga a todos, no se podrá acercar porque su esencia concierne sólo a generalidades. Será insuficiente para apresar la llama del genio, cuya existencia es algo fugitivo, invisible. Porque ¿cómo podrá el entendimiento humano apresar el milagro? Y esto debido a que el entendimiento funciona siempre al lado del orden establecido, y no soporta la novedad que es el único secreto de la creación.

Bess flota independiente de todo ese frágil medio hecho de convenciones y palabras. Ese entorno donde ella misma se extraña de que las mujeres estén impedidas a hacer lo mismo que los hombres, cuando tienen tanto amor y tanta piedad dentro de sí.

Sin saberlo, a nivel irreflexivo, ella cuestionará ese orden: “—¿Cómo se puede amar una palabra? No se puede amar a las palabras [...] Se puede amar a otro ser humano. Eso es perfección”.

Se oye gritar a Bess en la casa de Dios, frente al consejo de los ancianos, donde nunca antes ninguna mujer se había atrevido a hablar. ¿Estará entonces loca? La más que reconocida fragilidad de su juicio ha provocado en los mayores, así como en todo el pueblo, cierta condescendencia con ella, de naturaleza puramente negativa, que se manifiesta cuando los ancianos le preguntan en tono de incredulidad y reproche, hablando de Jan: ¿Sabes siquiera lo que significa estar casada no sólo para ti sino frente a los otros?

Una iglesia que ha criticado sus campanas

Algo notable es que la gran mayoría, si no todos los momentos más importantes de la película, suceden dentro de la pequeña iglesia. Es el almacén que reciben esta multitud de seres aislados. En sus frías paredes, los hombres y las mujeres nunca se tocan.

Incluso, las mujeres tienen prohibido hablar en este recinto y, por tanto, la separación adquiere un sentido más hondo, se puede decir ontológico, que tipifica la relación de Dios hacia los seres humanos (en especial las mujeres).

Es muy significativo que sean ellas las que no pueden hablar dentro de la iglesia, ya que la palabra hablada expresa la presencia de la divinidad en los objetos, de acuerdo con toda la metafísica. La palabra (*logos*) enuncia la esencia, lo permanente; su referente es nada menos que una idea.

El contrapunto

La comunicación que Bess tiene con Dios es directa, y por eso está un poco fuera del orden jerárquico que establece el culto, culto que deriva su existencia de sus ritos y formas de adoración especiales. Ella tiene un contacto muy especial del corazón que es impensable para la mayoría de la gente. Su vida es pasión. Y por eso su relación con Dios va a estar imbuida de algo muy personal e incomunicable. En su origen esta comunicación está más cerca de santa Teresa o Juana de Arco. Más allá de la forma del diálogo que Bess establece, hay algo verdaderamente genuino y mágico, que se opone a toda razón. En el momento que la razón se filtra entonces aparece el fenómeno precedido de la opacidad de la realidad mundana, y esta, de acuerdo con su costumbre, lo hace a la medida. Por eso surge el epifenómeno que no tiene más realidad que la del momento: demencia, locura, misticismo, bondad, pero cuya característica principal es ser la verdad más superficial que existe. Así también, algunos querrán explicar a Bess intuyendo algo, pero la pobreza de su vida no les permitirá ver algo más que el lado árido, porque carecen de imaginación. La figura de Bess resulta así inaprensible, tal vez porque le falta la forma reflexiva que es la que da la objetividad a nuestras acciones. Como el juego de un niño, sus oraciones

se asemejan más a un turbulento arroyo, que a la claridad de un remanso, que siempre refleja la naturaleza. Su ser por siempre está cambiando, como se transforma su entendimiento con el Ser Absoluto. Este es dialéctico; Dios no es ese ser inflexible en su palabra, precedido de su ley mosaica, e imperturbable para con lo que es, sino que atiende el corazón humano y está hecho a la medida de sus sufrimientos. Nada sobre el ser humano es extraño a Dios. A la imagen de un Dios que condena, y que no se desvía de su palabra, Bess opone la de un Dios profundo, que entiende y simpatiza con el alma humana, abrazando hasta en la sinrazón el más pequeño sentimiento humano. Como cuando Bess reflexiona: “—María Magdalena pecó y es a quien más quiero”. La voz de Dios y la de Bess se confunden, porque por momentos Dios parece tomar el lugar de la conciencia, y entonces muchos se alegrarán encontrando aquí la solución, pero esa es la solución más fácil.

Para su desengaño, el hecho que cuenta no está en si Bess habla en efecto con alguien (la sicología lo llamaría una simple proyección del alma dormida) o si este alguien es Dios. Para determinar qué es lo realmente importante en la conducta de Bess se tiene que ir más allá de la razón y de su tieso termómetro, a fin de poder ver y sentir lo que ella experimenta. Sólo así sería posible entonces reconocer el semblante de Dios, en el absurdo diálogo que ella lleva.

Sin duda ahí está Dios

Bess en lo privado sueña con Dios. Él le manda y le pide cosas. La mayoría de las veces cosas ridículas, pero ¿qué más da? Ella las hace sin pensar, viendo después el motivo. Mientras aspira el interior de la iglesia, Bess dice: “—¿Me voy a ir al infierno? —¿A quién quieres salvar? ¿A ti o a Jan? —se responde”.

Así, dentro de su delirio es muy lúcida, o quizás goza de una lucidez demasiado anormal para lo que se está acostumbrado, y es lo que hace decir que está loca. Para el pensamiento racionalista, loco es aquel cuyas sensaciones están fuera del orden, y por eso mismo es impredecible. Se sale de todo cálculo. Bess tiene un sentir exacerbado como el de los poetas; todo habla y su ser entero responde a la vida con vida. No se reserva nada. Su expresión es el registro más puro que existe

en el mundo. Conforme la gente se vuelve adulta, va perdiendo aquella facultad de sentir de la niñez, pues las sensaciones tienen menos profundidad y color; se instala la costumbre. La costumbre es una sensación asimilada. Bess no tiene eso, y por ser su respuesta demasiado instantánea, muy poco razonada (la respuesta es ella solamente), aparece un tanto excéntrica y fuera de orden. La mente se quiere adelantar y decir: ¿Quién haría algo así? Convendría aprender algo de ella, que mucho tiene que enseñar.